

Escribe:
**MARIO
VARGAS
LLOSA**



Esta es la segunda mitad de una crónica basada en una reciente visita que Mario Vargas Llosa hiciera a la Unión Soviética. Los acontecimientos de Checoslovaquia, sin embargo, interrumpieron su publicación para dar cabida a una nota del mismo autor condenando enérgicamente dicha agresión.

MOSCU(II)

NOTAS A VUELO DE PAJARO

OTRA de las ideas más o menos establecidas sobre la URSS es la de que el rígido dirigismo estético, la severa censura que impuso la era de Stalin (la "época del culto de la personalidad") sofocó y anuló casi la vida cultural, que el arte y la literatura se convirtieron en simples vehículos de transmisión de la ideología oficial, en ramas de la pedagogía y de la propaganda, que perdieron toda espontaneidad y libertad crítica, que la "planificación cultural" burocratizó y arruinó la creación. También en este campo basta una estancia breve en Moscú para comprobar que la verdad es mu-

cho más compleja y contradictoria. Pienso que efectivamente pueden detectarse dos actitudes diferentes respecto a la actividad cultural en la URSS, pero que ellas no corresponden a dos épocas (antes y después de Stalin) sino más bien a dos circunstancias: el arte y la literatura de los creadores que han muerto y los que están creando los vivos. Toda obra concluida pasa a formar parte del tesoro cultural de la nación, a integrar ese magnífico museo del que la URSS se enorgullece con justicia, y merece de inmediato un respeto, un cuidado, una difusión y un culto extraordinarios y conmovedores. Muy

PASA A LA PAG. 36

LA POESIA UN ARTE POPULAR



Flores espontáneas para Maiakovsky.



Vargas Llosa: "cada día vi coronas".

VIENE DE LA PAG. 29

cerca del hotel donde estaba alojado (el monolítico Hotel Pekín, que antes hospedaba a los chinos, pero ahora ya no se ve un chino en Moscú, salvo los diplomáticos, que no abandonan el local de la embajada) se hallan las estatuas de Pushkin y de Maiakovsky. Cada día vi coronas o ramos de flores nuevas depositadas por transeúntes espontáneos al pie de las siluetas gigantes de ambos poetas, cada día vi grupos de hombres y mujeres ataviados con trajes de provincias lejanas venir a rendir un homenaje silencioso a esas piedras. Me habían dicho que la URSS era tal vez el último país donde la poesía seguía siendo un arte popular, pero no imaginaba que fuera verdad hasta tal extremo: los poetas dan recitales en estadios o plazas públicas ante muchedumbres, las ediciones de sus libros alcanzan millones de ejemplares, los nombres de Pushkin, Tolstoi, Gorki, son tan conocidos y amados como los nombres de Marx o Lenin. Versos, frases, anécdotas de los grandes escritores rusos asoman constantemente en las conversaciones más banales, dan materia para los retóricos brindis de venenoso vodka con que se alargan tanto las comidas, y un día, en un restaurante, a una señora se le antojó contarme el duelo de Pushkin y vi, desconcertado, que al llegar al momento de la muerte, se le llenaban los ojos de lágrimas.

Los museos literarios son quizás únicos en su género. La visita al Museo Gorki dura cerca de tres horas, y el guía que acompaña a los visitantes es un profesor que habla con conocimiento y pasión. Todos los objetos, testimonios, documentos relacionados con la vida del escritor han sido reunidos, catalogados, preservados, expuestos. Los escolares van allí a recibir sus clases de literatura. En la casa de Tolstoi el afán de resurrección histórica ha hecho que incluso se restablezca la disposición de las sillas del comedor que prefería el autor de "La guerra y la paz". La casa, el cuarto que un autor importante habitó, incluso por un brevísimo período, (como el Museo Dostoievsky) es monumento histórico y centro de peregrinación. Las ediciones de autores 'clásicos' (todo creador importante fallecido cabe dentro de esta denominación) son gigantescas y de precios reducidos, de modo que están al alcance de cualquiera. Las bibliotecas proliferan, se prestan libros a domicilio, hay exposiciones itinerantes, sinnúmero de revistas culturales, y además de los teatros oficiales, el Estado alienta y ayuda a los grupos dramáticos que se constituyen en barrios y centros de trabajo.

El creador que en vida estuvo relegado o silenciado por insu-

so o heterodoxo, una vez muerto es, diríamos, perdonado, discretamente incorporado al patrimonio cultural nacional, tarde o temprano reivindicado. Debo advertir que no creo que haya mala fe alguna en estas asimilaciones póstumas; por lo menos mala fe "consciente". Se trata de un mecanismo parecido al que lleva hoy a Inglaterra a admirar a Wilde y a estudiarlo en los colegios, o a Sade en Francia. Personas que no toleraban la mención de Siniavski y Daniel, o fruncían el ceño duramente cuando se hablaba de Soljenitze, hacían en cambio grandes elogios de Pasternak y habían olvidado ya las actitudes anticonformistas de los últimos años de Ehrenburg y sólo recordaban al buen cronista y novelista. Un caso representativo de este fenómeno es el de Mikhail Bulgákov, que murió en 1940, casi desconocido. Sus cuentos, novelas y dramas circularon apenas porque la censura los vetó. En 1962 una comisión literaria comenzó a resucitar su obra y hoy en día es un autor de un inmenso prestigio. Su libro cumbre, "El maestro y Margarita" ha tenido un gran éxito en todo el mundo, y en los teatros de Moscú sus dramas se exhiben actualmente ante auditorios entusiastas.

Curiosamente, es ese mismo respeto, esa fe admirativa en la cultura que lleva a construir esos museos, a desplegar ese gigantesco esfuerzo de difusión y conservación cultural, lo que motiva la desconfianza, el temor oficial ante el creador vivo. La censura, la voluntad de ejercer alguna forma de control sobre la creación está inspirada paradójicamente en la convicción de que los poderes del arte y de la literatura son enormes y que pueden tener efectos inmediatos e incalculables sobre la sociedad. Aquí la actitud oficial soviética se diferencia radicalmente de la actitud estatal en las sociedades burguesas, donde no se restringe la libertad artística porque no se alienta ningún temor contra una pintura o un libro: se los considera inofensivos. La condición del escritor en la URSS es privilegiada, mientras no caiga en desgracia, y lo mismo puede decirse del pintor o del músico. Para hablar sólo de la literatura, el escritor que es admitido como miembro de la Unión de Escritores, tiene prácticamente asegurado el ejercicio de la vocación. No sólo recibirá una remuneración generosa por todo libro, artículo, libreto que escriba; además, la Unión tiene sus propios hospitales y centros de descanso y un sistema muy vasto de becas y bolsas de ayuda que lo liberarán de toda preocupación material. Un escritor puede solicitar a la Unión que le permita instalarse con su familia en una playa, en una región determinada,

por un tiempo indefinido, para escribir una novela o ensayo; una comisión estudia la solicitud y si le concede lo pedido, el escritor vivirá todo ese tiempo a costas de la Unión. Esta se encarga de conseguir viajes, giras de conferencias, y protege a sus miembros contra cualquier abuso que no sea político. Como las ediciones son muy grandes, y los derechos de autor (para el ciudadano soviético, la URSS no ha suscrito la convención de derechos de autor de Ginebra y oficialmente no reconoce derechos de autor a los extranjeros) bastante altos, un escritor o poeta o dramaturgo de éxito puede ganar mucho dinero. De hecho, me explicaron, dentro de la sociedad soviética, los escritores y los artistas son los únicos que escalan esa tabla de 10 a 1 en los salarios hasta superar el tope, a veces largamente.

La contrapartida de estos privilegios es lógica: si el escritor cae en desgracia y pierde todas estas ventajas, los obstáculos que tendrá que enfrentar para ejercer su vocación serán tan grandes como aquellas. Rechazado o expulsado de la Unión, su situación material será muy difícil, pero, sobre todo, se hallará inermes. ¿Quién lo protegerá contra cualquier injusticia si el no pertenecer a la Unión hace de él, objetivamente, casi un réprobo? ¿Si la censura veta sus libros, qué revista, qué editorial lo publicará? Publicar en el extranjero un texto prohibido en la URSS es considerado delito. (En la declaración que debe llenar el viajero ante las autoridades de inmigración se le pregunta si lleva divisas, armas o *manuscritos*). Ese escritor halagado, protegido, respetado, para conservar esas ventajas debe ser respetuoso. Más respetuoso seguramente en la época de Stalin que ahora, pero en lo sustancial la exigencia no ha variado ni puede variar, porque evidentemente ello no depende tanto de la voluntad de un gobernante sino de una manera de entender el ejercicio de la literatura. En la editorial "La Joven Guardia" pregunté por qué se había hecho cortes en un libro mío. Me respondieron: las páginas suprimidas contenían episodios escabrosos que hubieran ofendido a los lectores soviéticos. Pregunté: ¿quién decide lo que puede ofender al lector de la URSS y lo que puede parecerle aceptable? Me respondieron: los directores de la editorial. ¿No podría ocurrir que haya algún director de editorial torpe que se equivoque y considere ofensivo un texto que no lo es y que por lo tanto mutile inútilmente un libro? Respuesta: la hipótesis es absurda, porque para ser director de una editorial hay que haber pasado por la Universidad y tener títulos. Muchos de los directores son miembros de la Academia, y todos conocen y aman la literatura: ¿cómo podrían equivocarse?